

CAPITULO XXXIV.

Apariciones del santo, su entierro, traslacion de su santo cuerpo, y su canonizacion.



EL mismo tiempo en que nuestro santo cambiaba la tierra por el cielo, se apareció á muchas personas, adornado con las insignias de la gloria. Un anciano, llamado Guerrio, le vió cerca de su cama, despidiendo rayos de luz, y oyó que le decia: “Hermano, la paz sea con vos. Dejo la tierra, y me voy á una ciudad mas dichosa.” A la mañana siguiente recibió una carta de Roma, en la que se le noticiaba que el santo habia muerto, justamente á la misma hora en que él habia tenido aquella vision.

Hortensia Anellia, religiosa del monasterio de Santa Cecilia de Roma, le vió pasar cerca de ella, en manos de ángeles y cubierto de una vestidura

blanca resplandeciente. Se detuvo un momento, y le dijo: “Adios, hija mia, marchó al lugar de mi reposo, continúa cumpliendo con fidelidad tus votos y tus reglas, y vendrás, no lo dudes, á verme otra vez en el cielo. De aquí para adelante yo rogaré por tí con mas eficacia que cuando vivía en la tierra.” A la mañana siguiente supo la religiosa que el santo habia muerto á la misma hora que se le apareció.

Otra religiosa, maestra de novicias en el convento de Santa Magdalena del Quirinal, le vió entrar en su celda, con una rica corona en sus sienes, y rodeado de celestial claridad. Transportada de alegría, le hizo varias preguntas sobre su estado espiritual, y acerca de otras cosas relativas á la salvacion de su alma. Despues de satisfacerla en pocas palabras, le dijo el santo: “Déjame continuar mi camino: ya otros me han detenido bastante, y ya no puedo permanecer por mas tiempo aquí.”

La misma noche se apareció á Victoria de Massimi, religiosa de Santa Marta, que habia sido su hija espiritual, y le dijo: “Vengo á verte antes de dejar la tierra, para que no puedas quejarte de mí.—¿Luego os vais al cielo, padre mio? respondió ella.—Sí, hija mia, respondió el santo; pórtate de manera que vengas algun dia á acompañarme.” Dormía la religiosa mientras pasaba esto; pero luego que el siervo de Dios desapareció, recordó deshecha en llanto, y exclamó: “¡Ah,

padre mio, ya no tendré el consuelo de veros en este mundo!

Al amanecer recibió el mismo favor Catarina de Morlupo, religiosa del tercer órden de Santo Domingo, muger de mucha fama por sus singulares virtudes. Despues de haber comulgado, vió á un anciano venerable, adornado con las vestiduras sacerdotales y sentado sobre un trono de gloria, á cuyo rededor flotaban varios estandartes, en los que estaban inscritos con letras de oro los nombres de las virtudes que adornaron su preciosa vida. A sus pies se oprimía una multitud de sacerdotes, religiosos y seculares de ambos sexos que le debian la salvacion de sus almas. Deseando la religiosa saber quién era aquel santo á quien nunca habia conocido en el mundo, se lo describió á su confesor. Este, creyendo reconocer á Felipe en el retrato que la religiosa hacia de él, fué á traer una imágen del santo, y se la mostró. “¡Oh! él es, exclamó la piadosa vírgen; él es ciertamente, yo os lo aseguro.”

Hácia el amanecer, los padres del Oratorio, despues de haber revestido el santo cuerpo de los ornamentos sacerdotales, le llevaron á la iglesia y dejaron expuesto al público para satisfacer su devocion. Al momento que se esparció esta noticia en la ciudad, acudió la multitud á aquel espectáculo religioso. Fácilmente se vendrá en conocimiento de su ternura y veneracion, á vista de aquel rostro venerable que mas

parecía estar dormido que muerto; porque en vez de estar pálido, contraido y enflaquecido, estaba rubicundo, lleno, y adornado de una encantadora serenidad. No quedó al momento ni una de las flores con que se habia cubierto el santo cuerpo; porque el pueblo se las disputaba y arrancaba mutuamente de las manos que ya las tenian, para conservarlas en sus casas como preciosas reliquias. Procedióse al oficio fúnebre, al que asistieron muchos prelados. En seguida llegaron los cardenales amigos del santo, que le besaron los piés y las manos, no sin derramar copiosas lágrimas. La nobleza, los príncipes y embajadores remplazaron á sus Eminencias; y cuando llegó la tarde, Baronio, á la cabeza de su comunidad, vino á velar los exánimes restos de su bienaventurado padre. Iban á comenzar el rezo cuando ocurrió á Baronio esta reflexion: “¿Hemos de orar, se dijo á sí mismo, por un hombre que segurísimamente reina ya en los cielos?” No sabiendo lo que habia de hacer, abrió maquinalmente su Breviario, y leyó estas palabras: “Mira desde el cielo y atiende. Perfecciona esta viña que plantaste con tu diestra.” (Psm. 79 vs. 15 et 16.) ¿Será una casualidad, dijo á los otros padres, que al abrir este libro, se hayan presentado á mis ojos estos versículos, ó será que hay aquí una conducta providencial?—Es de creerse, respondieron, que el Cielo quiere, que en lugar de orar por este hombre, le pidámos que se

interese por uosotros.” Y desde aquel momento comenzaron á implorar su asistencia.

La misma inspiracion tuvieron otras muchas personas. Al saber Santiago Vitelleschi que habia muerto el santo, no pudo resolverse á rezar un *De profundis*; sino ántes bien, dijo el *Láudate Dominum omnes gentes* que canta la iglesia en los funerales de los niños, cuya inocencia asegura su bienaventuranza. Santiago Crescenti, quiso ofrecer por él, el santo sacrificio de la misa, y no se determinó, sino despues de mucha repugnancia, á celebrar de *Requiem*. En aquel mismo dia hizo su panegírico el general de los Dominicos, en Santa María Minerva, diciendo á sus oyentes: “No aprovecharán á Felipe las misas que se celebren por él; porque es indudable que está en el cielo: ellas servirán de sufragio á las almas del purgatorio.” En fin, no habia en Roma quien no tuviera por cosa segura su canonizacion.

Durante los dos dias que el santo cuerpo estuvo expuesto á la veneracion pública, no cesó el concurso, y los guardas no pudieron impedir que el pueblo le cortase las uñas, el pelo, la barba, é hiciese pedazos sus vestidos. Las señoras romanas le pusieron sus anillos en los dedos, y se los quitaron en seguida, llevándoselos como una cosa santificada. No se veian mas que religiosos de todas las órdenes, que venian á postrarse á sus piés, besándoselos y regándoselos con sus lágrimas. Los novicios de Santo Domingo, á quienes

habia amado tanto, vinieron en cuerpo, y edificaron á todo el mundo con el espectáculo de su reconocimiento y su dolor. Luego que se disminuyó la multitud, llegaron tambien los enfermos y entónces comenzaron los milagros. Por último, tres horas despues de anochecer, se cerraron las puertas de la iglesia, y se trasladó el santo cuerpo á una pieza interior, donde lo aguardaban los médicos para hacer la autopsia.

Con objeto de satisfacer los deseos de muchas personas, se permitió á un artista moldar en yeso el rostro del santo, para que pudiera reproducirlo en cera al natural, lo que ejecutó á satisfaccion de los amigos del siervo de Dios. Hé aquí su retrato, tal cual nos lo trazó su primer historiador. Era de mediana talla, de tez blanca y encarnada, y tenia una fisonomía franca y graciosa. Su frente era ancha, su nariz aguileña, ojos vivos, mucho pelo, barba rara y negra en su juventud y blanca en su vejez: por último, tenia un aire de santidad que le hacía singularmente amable. Esto esplica el ascendiente que tenia sobre todos los que le trataban. Despues de una exposicion de cerca de cincuenta horas, se colocó su cuerpo en una caja, y se llevó al panteon destinado para sepultar á los padres de la congregacion. Esto llegó á noticia de los cardenales de Medicis y Borromeo, y no tuvieron á bien esta determinacion, pues quisieron que tan santo cuerpo, reposase por separado en un sepulcro adornado. Por

consiguiente, fué exhumado tres dias despues, como él mismo lo habia predicho, y se le colocó en una caja preciosa, depositándosele en la iglesia, en un mausoleo piramidal. Cuatro años despues, Nero de Nigri, noble y rico Florentino, quiso que se colocase el santo cuerpo en una caja mas magnífica, y fué necesario proceder á una nueva exhumacion; pero ¿cuál fué el asombro de todo el mundo, al verle perfectamente conservado, á pesar de que la humedad del sepulcro, habia hecho podrir el ataúd y aún los ornamentos con que estaba revestido? Allí estaba manifiesto el dedo de Dios, porque la carne estaba suave, los miémbros flexibles, y la actitud era mas bien de un hombre dormido, que de un difunto. Maravillado Nero, á vista de este espectáculo, mejoró su primer intento; y en lugar de contentarse con darle una caja preciosa á su bienaventurado padre, le hizo construir una arrogante capilla, á donde fueron trasladados solemnemente sus preciosos restos, en el mes de Junio de 1602.

No quedó sin premio este generoso acto de piedad. Nero recurrió á la intercesion del santo para que el Cielo le diese un hijo, el que le nació á los nueve meses despues de su peticion, y le dió el mismo nombre de su santo protector. Este milagro que acaso pudiera ponerse en duda, dió motivo dos años despues á otro del todo indubitable. Enfermóse el niño repentinamente, y de una manera tan grave y violenta, que se creia iba ya á

expirar. Su padre, sumamente afligido y conternado, se encerró en una recámara inmediata y echándose lleno de amargura sobre una cama, dijo al ya bienaventurado Felipe: “¿Habeis de permitir, padre mio, que yo levante un sepulcro á este niño, que debe la vida á vuestras súplicas, en la capilla que mi amor erigió á gloria de vuestro nombre?” Apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando el chiquillo, como si volviese de un profundo sueño, llamó repetidas veces á su padre. Fueron á avisárselo á éste, y corrió inmediatamente al cuarto de su hijo, quien al verle entrar, le dijo: “Papá, ya estoy bueno; el abuelito vino á visitarme y me sanó.” Este título de abuelito era el que habian acostumbrado al niño diera á nuestro santo. Nero, para asegurarse mejor de la verdad de esta vision, respondió: “Tu papá grande es el que viste ¿no es verdad?—No, no, replicó con una voz mas elevada: fué mi abuelito; y señalando con el dedo un retrato de Felipe que allí colgaba de la pared, añadió, aquel, aquel fué. ---¿Y qué hizo para curarte? le preguntó su padre. ---Puso la mano sobre mi cabeza, respondió el niño, y he quedado bueno.” Efectivamente, cesó la fiebre y recobró sus fuerzas prontamente. Paso en silencio los milagros casi innumerables que hicieron abreviar la canonizacion del siervo de Dios.

Despues de una informacion en que se oyó á mas de cuatrocientos testigos, le beatificó el papa Paulo V, el 9 de las calendas de Mayo del año

1615; y por último, el pontífice Gregorio XV, le colocó en el catálogo de los santos, el 12 de Marzo del año de 1622.



ÍNDICE DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

CAPITULO I. Infancia de Felipe. Sus estudios y piedad.....	1
CAP. II. Felipe estudia filosofía y teología: despues deja los estudios por las prácticas ascéticas y las obras de caridad.....	13
CAP. III. Nuevos aumentos de su amor á Dios, y de su caridad para con el prógimo.	21
CAP. IV. Establece Felipe la Congregacion de la Santísima Trinidad. Es promovido á los Sagrados ordenes, y entra en la casa llamada de S. Gerónimo.....	33
CAP. V. Quiere Felipe partir á las Indias. Se le aconseja permanezca en Roma para trabajar en la conversion de los judios y hereges, lo que hace con muy felices resultados.....	42
CAP. VI. Felipe manda á Baronio que escriba los análes eclesiásticos.....	53
CAP. VII. Felipe pone los fundamentos de su congregacion, tal vez sin saberlo.....	62